

El Gran Final

Krill&Zon, traducción del francés de Rafael Rodrigues

En el Palacio de Versalles el Garden Party tocaba a su fin. Había sido un gran éxito. Como de costumbre, el presidente, bien aconsejado por su esposa, no había escatimado recursos. Una vez más, la *Grandeur de la France* había acudido a la cita. La *crème de la crème* de la Nación estaba al completo, así como los amigos extranjeros. Incluso la Oposición, indecisa al principio, se había dejado tentar por el entorno opulento, los jardines franceses, el champán y los lujosos banquetes. El historiador Zalar, experto oficial de la Tercera República, tan querido por el presidente, miraba de reojo, un tanto achispado, a las jóvenes camareras que ofrecían una última copa de champán antes de la despedida.

A las 15 horas, la imponente columna de vehículos oficiales abandonó finalmente Versalles, flanqueada por motoristas, los temibles *voltigeurs* y coches de policía. La víspera, tras examinar las opciones para el itinerario, el presidente había elegido el que atravesaba París de suroeste a norte, igual que 150 atrás, la víspera de la *Semana Sangrienta*.

En París, los distritos que contiguos a Montmartre estaban atestados de gente. La última provocación del presidente había estado de más. La tan soñada "convergencia de luchas" parecía finalmente haber cuajado espontáneamente o, mejor dicho, inducida por el enemigo. A los manifestantes habituales, militantes políticos, sindicalistas y chalecos amarillos, se había sumado una multitud de personas de todas las edades y orígenes. También habían influido el buen tiempo y que el lunes de Pentecostés era festivo.

Enfrente, se había desplegado un impresionante dispositivo de seguridad al pie de la colina. Militares, Policía Nacional y Gendarmería tenían instrucciones de evitar que nadie se acercara al Sacré Coeur. Camionetas, autobombas, barreras metálicas reforzadas con alambre de espino, constituían un muro infranqueable que separaba a los acomodados de las clases bajas. Las fuerzas del orden, provistas de equipos antidisturbios y con las armas cargadas con munición real, esperaban la posible orden de cargar contra la muchedumbre.

A dos kilómetros a vuelo de pájaro, en lo alto de los montículos de Chaumont, justo al lado del pequeño templo de Sybille, estaban todos excepto Yaëlle y Tuning, que tenían que encargarse de los últimos preparativos, y Ahmed, que no había podido renunciar a presenciar in situ su obra por fin expuesta al público. Todos estaban callados, era el gran final. Habían empezado por contarse una quimera que luego había cobrado vida propia y los había arrastrado. Se habían jugado mucho, habían vuelto a la realidad, habían conseguido ayuda de obreros comunistas, remontado Francia en barcaza, hecho complicados cálculos, implicado a músicos suizos... Y ahora estaban allí reunidos ... resultaba difícil de creer. Paul pensó en los riesgos que había corrido, en los impresentables con los que había tenido que entenderse, y ya no tenía ganas de verse como un militar seguro de sí mismo. Thierry estaba tratando de desarrollar una explicación teórica, sin éxito: ni siquiera el destino, los avatares de la historia, estaban a la altura de lo que iba a suceder. Simone estaba jugando con su hijo, no podía entender cómo se había entrado en esa quimera: quizás por presunción de científico al principio, luego por rabia, pero no era suficiente, era realmente difícil de explicar. Bertrand se decía

a sí mismo que no era la revolución que siempre había imaginado, pero ahora tenía que olvidarla, y es que, quizás, esa quimera fuera lo único que le quedara. Errico no podía creer que todo hubiera comenzado con su discurso ético, trastornado cómo estaba por la muerte de Edmond y por lo que había sucedido en Córcega, pero sí que había sido así. Lise tenía sentimientos contradictorios, todavía no estaba muy segura de lo que quería. Había luchado como una desahogada, el misterio de su tío, la fiesta, la música, la gente bailando. Se había sumido en aquella quimera con sus ideas pacifistas, y ahora ya no estaba segura de nada. En algún recoveco de su cerebro persistía un sentimiento de culpa.

El teléfono de Lemoine emitió un breve sonido notificando la llegada de un mensaje. La pareja recogió sus cosas y salió rápidamente de la suite Mansart. Ambos tuvieron que volver sobre sus pasos, porque se habían olvidado el spray de pegamento en la mesita de la terraza. Después de rociar la cerradura, "Lemoine" colgó la hoja dejada por Yaëlle. El texto en rojo decía: "Cualquier intento de entrar por la puerta o de apagar la música hará que la suite explote".

Cambió de idea, arrancó el papel, sacó un bolígrafo Mont-Blanc negro y dorado del bolsillo interior de su chaqueta, se puso las gafas y, tras una breve reflexión, escribió un largo texto. Lo relejó y, satisfecho, lo clavó en la puerta con una chincheta. El texto decía:

*Seguid vuestro camino bajo las horcas caudinas cual romano derrotado por el ejército samnita, o con la mano en los calzones del zuavo, pero **don't disturb**, sólo puedo dormir en una suite del Palace y de Stockhausen. ¿Acaso no me creéis, panda de inútiles? Cualquier intento de irrupción o interrupción, provocaría, no ya los azules Klein de Deschamps, sino un espectáculo de fuegos artificiales de un negro Soulages, la caída de las acciones del Ritz y algunos daños colaterales en casa de vuestros vecinos Hernández y Fernández. Esto es sólo una notita en la puerta, tomaos tiempo para disfrutar del acertijo y de vuestro último cigarrillo.*

Al llegar a la planta baja del hotel, la señora, impecablemente vestida, se dirigió con paso decidido hacia la recepción. Devolvió la llave de la suite y agradeció a los empleados su amabilidad y profesionalidad. La pareja salió del Ritz cogida del brazo.

- ¿Un pequeño Mont-Blanc de Angelina, señor Lemoine? Preguntó ella con una amplia sonrisa.
- *Why not*, respondió Lemoine. Su compañera lo llevó en dirección a las Tullerías.

Por una vez, los jóvenes romaníes habían llegado a tiempo. En ocho bicicletas flamantes. Siete iban equipadas con trasportines traseros en los que iban sentados los más pequeños. De vez en cuando se ponían de pie apoyándose en los reposapiés, situados en el eje de la rueda trasera, y oteaban el horizonte. Encabezando el cortejo, el mayor de la pandilla zigzagueaba en inestable equilibrio sobre su rueda trasera. *La rue de Rivoli* estaba poco transitada, el pelotón se agrupó antes de girar a la derecha hacia la *Place Vendôme*. La vista de la columna envuelta en andamios sirvió de señal para el sprint, los ciclistas cambiaron de marcha, comenzaron a pedalear de pie y cogieron velocidad. Los pasajeros traseros, lanzando gritos de guerra, empezaron a sacar de sus cazadoras grandes bombas de humo accionables con anilla. A medida que iban llegando a la plaza, las bicicletas pasaban rozando a los mirones y se dirigían alternativamente a ambos lados de la columna enfundada. Los jóvenes pasajeros arrojaron las bombas de humo. Una espesa humareda roja se elevó del centro de la plaza, obligando a los transeúntes a alejarse. La escuadra romaní siguió con su impulso, cruzó la plaza y se dispersó por las

calles vecinas.

La Columna Vendôme había desaparecido entre la niebla roja, la nube púrpura, como hubiera dicho Thierry satisfecho de su cita literaria. Los transeúntes, que se mantenían a distancia en los bordes de la plaza, miraban con incredulidad. Los funcionarios del Ministerio de Justicia se agolpaban en las ventanas. El jefe de gabinete intentaba en vano contactar con el ministro, quien departía despreocupadamente en el coche oficial camino de París. Desde el Ritz, los empleados y sus escasos clientes salieron al bordillo.

De repente el potente sonido de una sirena de niebla resonó en los altavoces de la terraza de la suite del Ritz, una voz femenina conminó en varios idiomas a los transeúntes a alejarse de la Columna.

Cuando la niebla se disipó, la columna reapareció por un breve instante aún envuelta en sus lonas publicitarias, luego se abrieron los andamios por los cuatro costados y se estrellaron contra el suelo. Y empezó la música.

El Inspector Thénard hacía footing en el Parque de las Tullerías como cada día. Había cogido la baja por enfermedad tan pronto como se olió lo de lo de la ceremonia del Sacré Coeur. Le llamó la atención el humo teñido que salía de detrás la rue de Rivoli. Se detuvo y se quitó los auriculares, los bajos procedentes de la Place Vendôme le retumbaban en el pecho. Echó a correr. Cuando llegó a la plaza se quedó sobrecogido por la belleza de la obra, se había quedado sin resuello en parte debido a la carrera. Ahora se veía por fin la columna, se había vuelto de un azul eléctrico, estaba cubierta de arriba abajo de organismos vivos de todo tipo en colores chillones. El reino animal, el vegetal y el imaginario se entremezclaban sin jerarquía alguna. Una oda psicodélica a la naturaleza, a la vida en todas sus formas, ese había sido el hilo conductor que Ahmed había seguido desde Sète hasta los suburbios parisinos. El engreído y mortífero epígrafe del friso había desaparecido.

La música que llegaba a todo volumen desde la terraza del Ritz tampoco desmerecía. Un popurrí de electro, jazz, música popular, canciones de lucha y rap. Los músicos helvéticos habían hecho un trabajo notorio. Y desde sus pastos de los Alpes se entregaban ahora a fondo, cada uno frente a su ordenador, para ir emitiendo las intervenciones en vivo en la banda sonora programada. El inspector paseaba lentamente alrededor de la Columna lleno de admiración. Recordó los bocetos incautados en el remolque de la casa de los okupas; nunca hubiera imaginado tanta belleza. Se fijó en las ocho enormes anémonas de mar rosas enganchadas de cuatro en cuatro que desplegaban sus tentáculos multicolores.

Distinguió a Ahmed a unos metros de distancia contemplando su obra. Thenardier rebuscó rápidamente en la fundita que llevaba sujeta al brazo: entre los documentos de identidad, las llaves y el teléfono móvil, siempre llevaba una brida de plástico. Se acercó al artista y le puso una mano en el hombro:

- Bonito trabajo señor Grafitero, ¿le pongo las esposas y me lleva usted de visita guiada? Ahmed, con las manos atadas a la espalda, seguía en silencio.
- Mírela bien, inspector, pronto habrá desaparecido. Dijo sonriendo.

El policía y el grafitero estaban disfrutando del espectáculo y la música. Iban rodeando lentamente la columna para observar íntegramente su nueva piel. Thénard concentró su atención en la base maciza y cuadrada, era negra, salpicada de pequeñas manchas

blancas que representaban galaxias y nebulosas. Se preguntaba qué habría querido decir Ahmed con lo de “desaparecer”.

- ¿Qué es esa especie de escala retorcida que está enrollada en la base? Preguntó el inspector.
- Es ADN, el extremo está abierto y los confetis de colores que salen simbolizan el avance de la naturaleza, respondió Ahmed con tono erudito.

La gente que estaba en los laterales de la plaza empezó a bailar al ritmo de la música. Thénard sintió un objeto puntiagudo en la parte baja de la espalda, y oyó una voz quebrada que le ordenaba liberar a su prisionero. Ahmed se volvió y vio al barquero que le guiñaba el ojo. Una pareja de turistas nipones se acercó a la Columna para hacerse una foto, el hombre llevaba un palo telescópico con su teléfono móvil colocado en el extremo. Por los altavoces, se les conminó en japonés a alejarse de inmediato. Los japoneses obedecieron raudos y echaron a correr haciendo reverencias en señal de disculpa.

Comienza la cuenta atrás.

En la furgoneta, Yaëlle y Tuning no le quitaban ojo a las pantallas. Estaban fascinados con las imágenes de la Place Vendôme que estaban retransmitiendo las cámaras colocadas en los bordes de la terraza del Ritz. Tuning, que había ayudado a Ahmed a revestir la columna, no salía de su asombro. Nunca se habían usado así las láminas de vinilo. En una criatura tentacular de color naranja le pareció reconocer una cita de su tatuaje. Yaëlle se rió al ver la estatua de Napoleón con una larga falda roja. El emperador llevaba un sombrero de copa decorado con plumas de pavo real; dentro estaba escondido el bote de metal que contenía las cenizas de Edmond.

Yaëlle hizo las últimas comprobaciones, la conexión con el sistema de disparo funcionaba y era estable. Tuning tarareaba el estribillo de los estadios de fútbol "Esta noche te prendemos ... esta noche te prendemos fuego ...", por inconsciencia o incluso por sacudirse el estrés que hacía que le sudaran las manos. Al final de la cuenta atrás, Yaëlle le hizo una seña con el índice y él pulsó la tecla "*enter*", los ocho misiles disfrazados de anémonas, se encendieron. Sin embargo, la columna permaneció inmóvil. Desamparados, no sabían qué hacer y los dos miraban fijamente las pantallas. De repente, la columna se estremeció y, como en cabo Cañaveral, dejó de resistirse al empuje de los misiles. Un metro, luego cinco, y despegó en vertical mostrándole a la ciudad su nueva piel. En la plaza se erguía el núcleo de piedra con su escalera interior helicoidal, una escalera sin fin, la metáfora del asalto al cielo, que tanto gustaba a Thierry.

Al llegar a una altitud de cien metros, la columna se inclinó y voló hacia el norte. El obús multicolor, coronado por un emperador transformado en "Reina Disoluta de Albión", como Edmond lo habría descrito, adquirió velocidad. La larga cola del vestido se extendía al viento, una larga bandera roja, símbolo de la Comuna. El obús se dirigía hacia Montmartre y el Sacré Coeur, donde el presidente acababa de tomar la palabra.

La potente explosión resonó en toda la ciudad. Los manifestantes, incrédulos, miraban en dirección al Sacré Coeur, de donde se elevaba un humo espeso. Los eslóganes y los cánticos se habían detenido en seco y reinaba un silencio absoluto. El sonido de un motor de avión procedente del sur atrajo hacia el cielo la vista de los manifestantes. Un bimotor, de los que se utilizan para los saltos en paracaídas, volaba a baja altitud trazando bucles

concéntricos. Empezaban a distinguirse pequeños puntos rojos que salían de la trasera del avión y descendían lentamente sobre la ciudad. A medida que se acercaban al suelo, los pequeños puntos cobraban forma: eran paraguas chinos rojos de los que colgaban cestas de mimbre. Preocupados e intrigados, algunos manifestantes se acercaron prudentemente a las extrañas canastas que habían tocado tierra. Estaban llenas de cerezas "gotas de sangre" y "pendientes de oreja". Era un homenaje a la Comuna, a todas y a todos sus participantes.

Jóvenes vestidos de negro, con el rostro oculto por un pasamontañas con orejas de gato y gafas protectoras, entraron en acción en distintos puntos de la manifestación. Mediante grandes mazas, hicieron saltar en pedazos las cristaleras tintadas de unos cincuenta bajos de edificios reconvertidos en AirBnB. Dentro, junto a los escaparates destruidos, había mostradores hechos con palés, provistos de surtidores de cerveza, botellas de "kriek" y ginginha. Había un banderín negro que colgaba por encima con la frase "¡Es la temporada de las cerezas!" escrito en letras rojas. Los "black blocs" encendieron el equipo de sonido. Una versión para "piano y voz femenina" de la canción comunera rompió el silencio. Una vez retirados los pasamontañas, jóvenes de ambos sexos con caras sonrientes empezaron a servir bebidas a los manifestantes. La fiesta podía dar comienzo. La multitud se apoderó de las bebidas y las máscaras de cartón con la efigie de comuneros y comuneras sonrientes que estaban amontonadas en el mostrador, y se alejó bailando.

En la *place Vendôme*, la multitud estaba atónita por lo que acababan de presenciar. La explosión de Montmartre había resonado hasta allí. Las primeras imágenes comenzaban a publicarse en las redes sociales. Thenardier, no sabía muy bien qué hacer, todas sus certezas, sus principios, se habían venido abajo. Se volvió hacia Ahmed y Lolo, que lo miraban fijamente, luego miró su reloj inteligente, cuyo cronómetro seguía en pausa. Lo volvió a poner en marcha y, después de un movimiento de cabeza a modo de saludo, se alejó corriendo.

En la cima de *les Buttes Chaumont*, la banda había asistido a la trayectoria parabólica de la Columna. El *Sacrée Coeur* ya no estaba.

Thierry estaba tomando notas, ya tenía en la cabeza el ensayo de su vida.

Errico miraba ausente la nube de humo, allí donde unos minutos antes aún imperaba el poder literal y figuradamente.

Tuning se imaginaba al volante de un coche deportivo, sería un Mustang.

Bertrand se miró las manos, con las que había querido construir un mundo mejor. Se preguntaba qué significaba el dolor persistente que sentía que sentía bajo el omóplato izquierdo, que le cortaba la respiración. Se estaba despidiendo de su revolución. Yaëlle y Lise contemplaban el espectáculo en silencio. Se miraron y se besaron y se abrazaron apasionadamente.

Simone tenía a su hijo cogido de una mano. La otra se levantó sola y fue a posarse en el hombro de Paul. En ese mismo momento, apareció en el teléfono del ex militar una notificación de mensaje, era Ahmed anunciando "en marcha".

-Bueno, exclamó Lise, ¿vamos a celebrarlo?

Nota de los autores

Lo que acabáis de leer no pertenece al mundo de las *fake news*, como se dice hoy en día, sino a uno mucho más valioso, el de las *dreamer's news*.

A poco que os hayáis divertido - y esperamos que así haya sido – os estaréis preguntando “¿cómo se explica todo esto?”.

¿Cómo es posible que los susodichos personajes hayan llegado a montar semejante operación?

¿Que la operación haya tenido éxito a pesar de todas las dificultades técnicas, de dinero, logísticas y organizativas?

Nos gustaría responderos con una pregunta: ¿era posible que disponiendo únicamente de armas obsoletas y barricadas levantadas espontáneamente, unos individuos desorganizados, hambrientos y aislados en una sola ciudad, pudieran triunfar frente a dos ejércitos profesionales y todas las fuerzas reaccionarias coaligadas? ¿Era posible "asaltar el cielo"?

En el mundo de lo posible, la respuesta es sin lugar a dudas "no". Y sin embargo...

Sin embargo, la Comuna de París existió durante 72 días, y, 150 años después, sigue siendo para muchos un ejemplo, una fuente de inspiración, un sueño.

Así que dejemos a un lado lo posible y permitamos que prospere lo pensable, lo imaginario.

Paul, Simone, Bertrand, Errico, Lise y los demás imaginaron la acción y, una vez pensada, la llevaron a cabo. Sólo duró unos minutos, mucho menos de 72 días, fue un enésimo "asalto al cielo".

La Comuna resurgió por un breve instante, sólo para desaparecer de nuevo hasta la próxima vez, ya que *"¡eso no impide, Nicolas, que la Comuna no ha muerto!"*

Existe un manuscrito, más bien un primer borrador, que cuenta toda la historia. Lo escribimos a cuatro manos, en una ventolera que nos dio entre febrero y abril de 2021. Para divertirnos y encontrar una manera alegre de superar ese periodo oscuro y difícil. Aún nos queda mucho por hacer para convertirlo en novela y decidir cómo publicarlo.

Si os apetece, dejad vuestros comentarios aquí debajo, nos ayudarán a seguir adelante. Y hasta entonces, ¡cuidaos y cuidad de los demás!